

PR 2170
56
56



FONDO:
RICARDO COVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Prefacio

843.
13.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Balzac y los soldados del Imperio

En estos últimos tormentosos años, época en que sucesos inolvidables apasionaron hasta á los más pacíficos, recuerdo que una señora, joven, al ser preguntada acerca de sus aficiones en cuestión de novelas, contestó : « Ya no leo novelas, los diarios me traen una nueva cada mañana. »

Semejante desprecio no se justifica. ¿ Puede el periódico, con sus informes desparramados y casi siempre incoherentes, ofrecer el interés de un obscura enigma, puede sustituir el relato seguido de un acontecimiento, la pintura completa de un carácter? Así como no se da uno cuenta de una batalla estando en plena pelea, así tampoco se conoce á los hombres por esas rápidas notas. Preciso es mirar desde más alto y desde más lejos para descubrir los conjuntos; y para dar con el rasgo oculto, con el acto escondido, para explicar los seres y las cosas, conviene sustituirse por un momento á su habitual sociedad, y considerar en

si, y también en los tiempos que fueron, la marcha de las pasiones humanas. Tal es la tarea del historiador y del novelista de costumbres. No pueden suplirse su estudio y su adivinación.

Hoy día se conceden á Balzac los dones de un escritor realista, y á su obra, el mérito de un diario antiguo. ¡Singulares títulos! En su época acusábasele de fantaseador. Y él mismo contestaba á uno de ses críticos: «¿Dónde podría tomar el tiempo necesario para observar?» Su inmensa producción le absorbía por completo. Fuera de algunos retratos de mujer, tomados del natural, nunca estudió más que el exterior de sus personajes y el cuadro en que se movían; pero su inteligencia evocadora, su sentido prodigioso de la vida no necesitaron, generalmente, para animar una humanidad poderosa, más que una anécdota, un necho aislado. Por un privilegio del genio, su sólida lógica reemplazó el estudio y la observación. Construía los personajes de la comedia humana con el rigor y la fuerza que emplearía un buen filósofo en edificar sus sistemas; y constituye la originalidad de sus figuras el que, habiendo parecido exageradas en su tiempo, resulten verdaderas hoy día. Creadas por la imaginación, se han hecho carne, han tomado vida al morir su padre. Por ejemplo, aquel extraordinario comandante de apellido húngaro que, por sus baladronadas, sus furiosos, su desprecio de las leyes y de la moral, levantó en Francia, hace algunos años, en un famoso asunto, el entusiasmo y la reprobación de sus contemporáneos, lo hallamos ya pintado bajo el nombre de Felipe Bridau, en el presente libro. uno de los menos conocidos y no obstante de los mejores de Balzac. Sólo una cosa más que nuestro comandante tiene Bridau: la aureola de su época; ¡fué soldado del Imperio! Sólo eso explica la diferencia de sus respectivos destinos.

Aquellos soldados del Imperio, que tanto caca-rearon sus campañas, nada dejaron ver de su vida privada.

Parece como que, en su ensueño de victoria, olvidáran placeres é intereses más humildes. Y no obstante, á pesar de su voluntario silencio, ó la prudencia de sus editores, por la tradición sabemos que jamás, en ninguna época, pasiones más violentas inflamaron y unieron los sexos. Gustaría ver, en medio de las hazañas guerreras de un Marmont, aquellos triunfos fáciles que sin duda le descansaron de las batallas. Pero aquellos valientes han conservado celosamente para sí el secreto de su felicidad. Las únicas confidencias que sobre el particular nos han dejado no son gloriosas; proceden de un hombre que, con razón ó sin ella, sufrió todos los ultrajes. También él fué llamado traidor, y no es de extrañar que ande algo mal de vergüenza. «Mis largas ausencias, escribe Marmont, y la existencia brillante é independiente de que gozaba mi mujer, dieron sus frutos. Padeci toda especie de disgustos; De regreso á mi casa hallé costumbres que no podía tolerar... Sin embargo, una separación contrariaba mucho á mi mujer, pues temía los efectos que para ella resultarían en la opinión pública. Un día, cuando todavía creía yo posible seguir viviendo con ella, le dije: «Vamos á vivir lujosamente, pues resultará de ello grandes ventajas para mí, en la corte.» Me contestó: «¿Acaso cree usted que voy á servirle de estribo?» Asustada, no obstante, ante los juicios del público, y con objeto de despistarlo sobre las verdaderas causas de nuestra separación, no titubeó en rodearse de mis enemigos políticos con objeto de tener ella amigos y aduladores. En cuanto á amigos, el medio á que acudió para rodearse de gente que se fingiese por tal, fué el alabar sus pasiones y darle buenas comidas. Ya

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

hoy se ve más sola. Su carácter rechaza toda verdadera amistad... Para acabar con este asunto, diré que en 20 de marzo de 1815 *pareció despertarse su cariño*; pero como, ante todo, se ocupaba de sus intereses, y que aún no habían sido definitivamente zanjadas nuestras cuestiones de dinero, *me pidió, por lo expuesto que yo estaba á perecer en la lucha, que hiciera testamento* de tal manera que quedase ella dueña casi absoluta de los bienes, para no tener que habérselas con mis herederos. Tuve la bondad de acceder á su deseo... Los acontecimientos que me han obligado á salir de Francia parecen haber despertado en ella algunos buenos sentimientos para conmigo ».

El interior de Marmont, duque de Ragusa, no era una excepción.

Abandonadas de sus maridos á consecuencia de la guerra, excusadas por la ambición de éstos, las mujeres se preparaban con alegre entusiasmo á la viudez. Además, tenían, como ejemplo, ilustres modelos de infidelidad. Conocida es la deliciosa carta en que Bonaparte, mitad en broma, mitad en serio, amenaza á Josefina con sus celos.

« ¿Qué puede usted hacer durante todo el día, Señora? ¿Quién es el maravilloso nuevo amante que absorbe todo su tiempo de usted y la impide ocuparse de su marido? ¡Mucho cuidado, Josefina: la noche en que menòs lo piense usted, allá voy, echo abajo las puertas y me presento! »

No había tregua en una época en que tanta libertad tenían las mujeres, y en que los hombres se mostraban tan ardientes y tan atrevidos. El ayudante de campo del príncipe de Neuchâtel, aquel loco de Canouville, como lo llama Thiébault, venía de un tirón de España á París, sólo para contemplar unas cuantas horas antes á su querida, la princesa Borghese.

Pero por extraño que sea el drama imperial con

sus apasionados intermedios, el final nos seduce más aún. Todos los caprichos del destino se revelan en esa vuelta á la paz, después de veintitrés años de guerra, en aquella reducción á medio sueldo de un numeroso ejército, ávido de acción y de gloria, enajenado por sus campañas, por sus miserias, por su lucha contra la muerte. Después de tantas esperanzas, de tantos males valientemente soportados, ¡qué suplicio el ser condenado al retiro, á la pobreza humillante, obligado á ocultar en un rincón de ciudad muerta el recuerdo de Zaragoza y de la retirada de Rusia, de las tremendas luchas en los desfiladeros y de los vastos combates en campo raso! La historia de los militares á media paga se confunde con la Restauración. Tiene más interés, y quizá más importancia, que la lucha entre liberales y ultramontanos, que las disputas parlamentarias. Sin embargo, los biógrafos oficiales han desdeñado á esos pobres soldados caídos. Sólo se ven en las canciones de Beranger, en las litografías de Charlet y de Raffet. Y, mirándolo bien, sólo Balzac nos ha puesto de manifiesto qué amenaza constante de guerra civil eran, en una sociedad tranquila, aquellos soldados, residuos de campos de batalla.

« Víctima y verdugo, mártir humilde y sanguinario »: tal es, según Alfredo de Vigny, el soldado. Y el autor de *Servidumbre y grandeza militares* sabía muy bien lo que decía.

El soldado vive entre la abnegación y la crueldad. Se ve obligado á desarrollar en sí mismo los instintos bárbaros, pero, por extraña contradicción de su existencia, á medida que se vuelve un hombre primitivo, brutal, capaz de matar, se despoja de su personalidad, hace entrega de esa fuerza que acaba de adquirir, se hace voluntariamente esclavo para conquistar una gloria colectiva y una honra indi-

vidual. Cultura y sacrificio espléndidos, pero que sólo tienen valor mientras no se sale del ejército el soldado. Balzac ha lanzado los suyos en la vida civil. ¿Qué va á ser de ellos?

Por de pronto, el tipo egoísta, Felipe Bridau, el hombre que, ante todo, ha desarrollado en sí la fuerza. Una vez libre de la disciplina militar, su existencia corre desordenada; su ardor, que ya no sabe dónde gastarse, acude al vicio; su sangre fría y su bravura de combatiente se tornan en indiferencia, en audacia criminales; hasta su misma fidelidad al Imperio acaba por ser puramente teatral. Una existencia humana no tiene valor para él. Mata á su rival, se desembara de su mujer sin asomo de remordimiento. Siempre se cree en guerra y en medio de enemigos. Otro soldado del Imperio, el barón Hulot, se contenta con robar á la administración, por recuerdo, sin duda, de las canallerías cometidas en países conquistados, Balzac, en esto, no ha inventado nada. Este libro y otro salieron á luz entre dos procesos por corrupción y estafa, el proceso del general de Brossard y el del general Cubières.

Al lado de los criminales, los leales y buenos, obedientes: general de Mouriveau, coronel Chabert. Aunque enérgicos y listos, resultan burlados. Mouriveau es presa de una coqueta; Chabert, por exagerado culto de la honra, se deja robar por una miserable y acaba en un manicomio donde lo hizo ella encerrar. Aceptan los males y las injusticias sociales, como antes aceptaron de sus jefes reproches quizá inmerecidos. No luchan contra el destino; se someten á él, y, sin murmurar, dejan que los destroce. « ¿Y qué hacerle? exclama el coronel Chabert aludiendo á la muerte del Emperador, ha desaparecido nuestro sol, y ahora todos tenemos frío. »

Esa inaptitud de los buenos y malos soldados á

ser útiles en la vida civil puede parecer, á primera vista, un argumento contra la guerra y contra el ejército. Pero no nos hagamos ilusiones: Balzac conocía demasiado á la humanidad para creer en una pacificación tan soñada por nuestro espíritu, pero no menos rechazada por nuestros instintos. Y no lo contradicen sus libros.

Al leer ciertas obras de Balzac en que reviven los héroes del primer Imperio, comprenderemos que las guerras de Napoleón, lejos de ser funestas á Francia, la salvaron. La han curado de la mollicie y de la fiebre, y arrancado á la inacción charlatana, codiciosa y vanidosa en que se hundía. Le han devuelto las energías de los primeros pueblos é inspirado nuevas virtudes.

HUGUES REBELL.